

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El paraíso de los niños

Hace mucho, mucho tiempo, había un niño, llamado Epimeteo, que nunca tuvo padre ni madre. Otra niña, huérfana de padre y madre como él, fue enviada desde un país lejano para vivir con él y ser su compañera de juegos y ayuda para que no se sintiera solo. Se llamaba Pandora.

Lo primero que vio Pandora, cuando entró en la cabaña donde vivía Epimeteo, fue una gran caja. Y casi la primera pregunta que ella le hizo, después de cruzar el umbral, fue esta:

—Epimeteo, ¿qué tienes en esa caja?

—Mi querida Pandora —respondió Epimeteo—, es un secreto, y debes tener la amabilidad de no hacer preguntas al respecto. La caja fue dejada aquí para ser guardada con seguridad, y ni yo mismo sé qué contiene.

—Pero, ¿quién te la dio? —preguntó Pandora—. Y ¿de dónde viene?

—Eso también es un secreto —respondió Epimeteo.

—¡Qué provocador! —exclamó Pandora, haciendo un gesto con el labio—. ¡Ojalá la gran caja fea no estorbese!

—Vamos, no pienses más en eso —dijo Epimeteo—.

Vayamos afuera y juguemos con los otros niños.

Han pasado miles de años desde que Epimeteo y Pandora vivieron, y el mundo de hoy es muy diferente al de su época. Entonces, todo el mundo era un niño. No se

necesitaban padres ni madres que cuidaran de los niños, porque no había peligros ni problemas de ningún tipo, ni ropa que remendar, y siempre había mucho que comer y beber. Cada vez que un niño deseaba cenar, lo encontraba creciendo en un árbol; y, si miraba el árbol por la mañana, podía ver la flor en expansión de la cena de esa noche; o, al atardecer, veía el tierno brote del desayuno de mañana. Era una vida muy agradable. No había trabajo que hacer, ni tareas que estudiar; nada más que deportes y bailes, y dulces voces de niños que hablaban, o cantaban como pájaros, o reían alegremente durante todo el día.

Lo más maravilloso de todo era que los niños nunca se peleaban entre sí, ni tenían ataques de llanto; ni, desde el principio de los tiempos, uno solo de aquellos pequeños mortales se había apartado a un rincón y se había enfadado. ¡Oh, qué buenos tiempos aquellos para vivir! La verdad es que esos pequeños y feos monstruos alados llamados Problemas que ahora son casi tan numerosos como los mosquitos, nunca se habían visto sobre la tierra. Es probable que el mayor disgusto que jamás hubiera experimentado un niño fuera el disgusto de Pandora por no poder descubrir el secreto de la misteriosa caja.



Al principio no era más que la débil sombra de un problema; pero, cada día, se hacía más y más sustancial,

hasta que, más temprano que tarde, la cabaña de Epimeteo y Pandora estaba menos soleada que las de los otros niños.

—¿De dónde podría haber salido la caja? —decía Pandora continuamente, a sí misma y a Epimeteo—. ¿Y qué puede haber dentro de ella?

—¡Siempre hablando de esa caja! —dijo Epimeteo finalmente; pues estaba extremadamente cansado del tema—. Me gustaría, querida Pandora, que intentaras hablar de otra cosa. Ven, vayamos a recoger higos maduros y comámoslos bajo los árboles para cenar. Y conozco un viñedo que tiene las uvas más dulces y jugosas que jamás hayas probado.

—¡Siempre hablando de uvas e higos! —gritó Pandora.

—Bueno, entonces —dijo Epimeteo, que era un niño de muy buen carácter, como una multitud de niños en esos días—, salgamos corriendo a divertirnos con nuestros compañeros de juego.

—¡Estoy cansada de los momentos alegres y no me importa no tener uno nunca más! —respondió nuestra pequeña Pandora—. Y, además, nunca tengo ninguno. ¡Esta horrible caja! Estoy muy ocupada pensando en ella todo el tiempo. Insisto en que me digas qué hay dentro.

—Como ya he dicho cincuenta veces, ¡no lo sé! —replicó Epimeteo, un poco molesto—. Entonces, ¿cómo puedo decirte lo que hay dentro?

—Podrías abrirla —dijo Pandora, mirando de reojo a Epimeteo—, y entonces podríamos verlo por nosotros mismos.

—Pandora, ¿en qué estás pensando? —exclamó Epimeteo. Y su rostro expresaba tanto horror ante la idea de mirar dentro de una caja, que le había sido confiada con la condición de que nunca la abriera, que Pandora pensó que era mejor no sugerirlo más. Sin embargo, no pudo evitar pensar y hablar de la caja.

—Al menos —dijo—, podrías decirme cómo llegó aquí. — justo antes de que llegaras —respondió Epimeteo—, la dejó en la puerta una persona que parecía muy sonriente e inteligente, y que apenas pudo contener la risa cuando la dejó en el suelo. Iba vestido con una especie de capa y llevaba un gorro que parecía hecho en parte de plumas, de modo que parecía casi como si tuviera alas.

—¿Qué clase de bastón tenía? —preguntó Pandora.

—Oh, ¡el bastón más curioso que jamás hayas visto! —exclamó Epimeteo—. Era como dos serpientes enroscándose alrededor de un palo, y estaba tallado con tanta naturalidad que, al principio, creí que las serpientes estaban vivas.

—Lo conozco —dijo Pandora pensativa—. Nadie más tiene un bastón así. Era Mercurio; y él me trajo aquí, como a la caja. Sin duda era para mí, y lo más probable es que contenga vestidos bonitos para que me los ponga, o juguetes para que juguemos tú y yo, o algo muy rico para que comamos los dos.

—Tal vez sea así —respondió Epimeteo, dándose la vuelta—. Pero hasta que vuelva Mercurio y nos lo diga, no tenemos derecho a levantar la tapa de la caja.

—¡Qué chico tan aburrido eres! —murmuró Pandora, mientras Epimeteo salía de la cabaña—. ¡Ojalá tuvieras un poco más de iniciativa!

Por primera vez desde su llegada, Epimeteo había salido sin pedirle a Pandora que lo acompañara. Iba a recoger higos y uvas por su cuenta, o a buscar cualquier diversión que pudiera encontrar, en compañía de cualquiera que no fuera la de su pequeña compañera de juegos. Estaba harto de oír hablar de la caja, y deseaba de todo corazón que Mercurio, o como se llamara el mensajero, la hubiera dejado en la puerta de algún otro niño, donde Pandora nunca la hubiera visto. ¡Tan perseverantemente balbuceaba sobre esta única cosa! La caja, la caja y nada más que la caja. Parecía como si la caja estuviera embrujada, y como si la cabaña no fuera lo bastante grande para contenerla, sin que Pandora tropezara continuamente con ella, haciendo que Epimeteo tropezara también con ella, y magullándose las cuatro espinillas.

Bueno, fue realmente duro que el pobre Epimeteo tuviera la caja en sus oídos desde la mañana hasta la noche; especialmente porque la gente pequeña de la tierra estaba tan poco acostumbrada a las molestias, en aquellos días felices, que no sabían cómo lidiar con ellas. Así, un pequeño disgusto causaba entonces tanta perturbación como lo haría uno mucho mayor en nuestros días.

Cuando Epimeteo se hubo ido, Pandora se quedó mirando la caja. La había calificado de fea más de cien veces; pero, a pesar de todo lo que había dicho en su contra,

era sin duda un mueble muy hermoso, y habría sido todo un adorno para cualquier habitación en la que se hubiera colocado. Estaba hecha de una hermosa madera, con vetas oscuras y ricas que se extendían por su superficie, tan pulida que la pequeña Pandora podía ver



su cara en ella. Como la niña no tenía ningún otro espejo, es extraño que no valorase la caja sólo por esto.

Los bordes y las esquinas de la caja estaban tallados con una habilidad maravillosa. Alrededor de los bordes había figuras de hombres y mujeres graciosos y de los niños más hermosos que jamás se hayan visto, recostados o divirtiéndose en medio de una gran cantidad de flores y

follaje; y estos diversos objetos estaban tan exquisitamente representados y trabajados juntos en tal armonía, que las flores, el follaje y los seres humanos parecían combinarse en una corona de belleza mezclada. Pero aquí y allá, asomándose por detrás del follaje esculpido, Pandora creyó ver una o dos veces un rostro no tan hermoso, o algo desagradable, que restaba belleza a todo lo demás. Sin embargo, al mirar más de cerca y tocar el lugar con el dedo, no pudo descubrir nada parecido. Algún rostro, que era realmente bello, se había vuelto feo por haberle echado un vistazo de reojo.

El rostro más bello de todos estaba realizado en lo que se llama altorrelieve, en el centro de la tapa. No había nada más, salvo la riqueza oscura y lisa de la madera pulida, y este rostro en el centro, con una guirnalda de flores en la frente. Pandora había mirado aquel rostro muchas veces, y se imaginaba que la boca podía sonreír si quería, o estar grave cuando lo deseaba, igual que cualquier boca viva. De hecho, todas sus facciones mostraban una expresión muy viva y algo maliciosa, que parecía casi como si tuviera que salir de los labios tallados y expresarse con palabras.

Si la boca hubiera hablado, probablemente habría dicho algo así:

“¡No tengas miedo, Pandora! ¿Qué daño puede haber en abrir la caja? ¡No te preocupes por ese pobre y simple Epimeteo! Tú eres más sabia que él y tienes diez veces más espíritu. Abre la caja, ¡y mira si no encuentras algo muy bonito!”

La caja, casi se me había olvidado decirlo, estaba sujeta, no por una cerradura, sino por un nudo muy intrincado de cordón de oro. Parecía no tener fin ni principio. Nunca hubo un nudo tan astutamente retorcido, ni con tantas entradas y salidas, que desafiara pícaramente a los dedos más hábiles para desenredarlos. Y, sin embargo, por la dificultad que entrañaba, Pandora se sintió aún más tentada de examinar el nudo y ver cómo estaba hecho. Ya se había inclinado dos o tres veces sobre la caja y había tomado el nudo entre el pulgar y el índice, pero sin intentar deshacerlo.

—Realmente creo —se dijo a sí misma—, que empiezo a ver cómo se hizo. Tal vez podría atarlo de nuevo, después de deshacerlo. No habría nada malo en ello, sin duda. Ni siquiera Epimeteo me culparía por ello. No tengo por qué abrir la caja, y no debería, sin el consentimiento del niño tonto, aunque el nudo estuviera desatado.

Hubiera sido mejor para Pandora tener un poco de trabajo que hacer, o algo en que emplear su mente, para no estar pensando constantemente en este tema. Pero los niños llevaban una vida tan fácil, antes de que llegaran los problemas al mundo, que en realidad tenían demasiado tiempo libre. No podían estar siempre jugando al escondite entre los arbustos de flores, o a la gallinita ciega con guirnaldas sobre los ojos, o a cualquier otro juego que se hubiera descubierto, mientras la Madre Tierra estaba en su infancia. Cuando la vida es deporte, el trabajo es el verdadero juego. No había absolutamente nada que hacer. Un poco de barrer y quitar el polvo de la casa, supongo, y recoger flores frescas (que abundaban por todas partes) y colocarlas en jarrones, y el trabajo de la pobre Pandora había terminado. Y luego, durante el resto del día, ¡estaba la caja!

Después de todo, no estoy seguro de que la caja no fuera, a su manera, una bendición para ella. Le proporcionaba gran variedad de ideas en las que pensar y de las que hablar siempre que tenía a alguien que la escuchara. Cuando estaba de buen humor, podía admirar el brillante lustre de sus lados y la hermosa franja de

rostros y follaje que la rodeaba. O, si estaba de mal humor, podía darle un empujón o una patada con su piecito travieso. Y muchas patadas recibió la caja (pero era una caja traviesa, como veremos, y se merecía todo lo que recibía). Pero lo cierto es que, de no haber sido por la caja, nuestra activa Pandora no habría sabido ni la mitad de bien cómo pasar el tiempo.

Adivinar lo que había dentro era realmente un trabajo interminable. ¿Qué podría ser? Imagínense, mis pequeños oyentes, cuán ocupados estarían sus ingenios si hubiera una gran caja en la casa que, como podrían suponer, contuviera algo nuevo y bonito para sus regalos de Navidad o Año Nuevo. ¿Crees que serías menos curioso que Pandora? Si te quedaras a solas con la caja, ¿no sentirías un poco la tentación de levantar la tapa? Pero no lo harías. No, no lo harías. Sólo que, si pensaras que hay juguetes dentro, ¡sería tan difícil dejar escapar la oportunidad de echar un vistazo! No sé si Pandora esperaba algún juguete, pues probablemente aún no se había empezado a fabricar ninguno en aquellos días, cuando el mundo mismo era un gran juguete para los niños que lo habitaban. Pero Pandora estaba convencida de que había algo muy hermoso y valioso en la caja, y por eso se sentía tan ansiosa por echar un vistazo como cualquiera de estas niñas que me rodean. Y, posiblemente, un poco más; pero de eso no estoy tan seguro.

Sin embargo, ese día en particular del que tanto hemos hablado, su curiosidad creció tanto más de lo habitual

que, por fin, se acercó a la caja. Estaba más que decidida a abrirla, si podía. ¡Ah, Pandora traviesa! Sin embargo, primero intentó levantarla. Era pesada, demasiado para la escasa fuerza de una niña como Pandora. Levantó un extremo de la caja unos centímetros del suelo y la dejó caer de nuevo, con un golpe bastante fuerte. Un momento después, casi le pareció oír que algo se movía dentro de la caja. Acercó el oído todo lo posible y escuchó. Efectivamente, parecía haber una especie de murmullo ahogado en el interior. ¿O era simplemente el canto en los oídos de Pandora? ¿O podrían ser los latidos de su corazón? La niña no sabía si había oído algo o no. Pero, en cualquier caso, su curiosidad era más fuerte que nunca.

Cuando echó la cabeza hacia atrás, sus ojos se posaron en el nudo del cordón de oro.

—Debió ser una persona muy ingeniosa la que hizo ese nudo —se dijo Pandora—. Pero creo que podría desatarlo. Estoy decidida, al menos, a encontrar los dos extremos del cordón.

Y tomó el nudo de oro entre sus dedos. Casi sin intención, o sin saber muy bien lo que hacía, pronto se dedicó afanosamente a intentar deshacerlo. Mientras tanto, el sol entraba por la ventana abierta, al igual que las alegres voces de los niños, que jugaban a lo lejos, y tal vez la voz de Epimeteo entre ellas. Pandora se detuvo a escuchar. ¡Qué día tan hermoso hacía! ¿No sería más prudente dejar en paz el molesto nudo y no pensar más en la caja, sino correr a reunirse con sus amigos y ser feliz?

Durante todo este tiempo, sin embargo, sus dedos estuvieron medio inconscientemente ocupados con el nudo; y al echar un vistazo al rostro adornado con flores de la tapa de la caja encantada, le pareció percibir que le sonreía disimuladamente.

—Ese rostro parece muy travieso —pensó Pandora—. Me pregunto si sonrío porque estoy haciendo algo malo. ¡Tengo todas las ganas del mundo de salir corriendo! Pero justo entonces, por un mero accidente, dio al nudo una especie de vuelta de tuerca, que produjo un resultado maravilloso. El cordón de oro se deshizo por sí solo, como por arte de magia, y dejó la caja sin cierre. —¡Esto es lo más extraño que he visto! —dijo Pandora—. ¿Qué diría Epimeteo? ¿Y cómo podré volver a atarlo? Hizo uno o dos intentos para restaurar el nudo, pero pronto descubrió que estaba más allá de su habilidad. Se había desenredado tan repentinamente que no podía recordar en absoluto cómo se habían doblado las cuerdas entre sí; y cuando trató de recordar la forma y el aspecto del nudo, le pareció que se le había olvidado por completo. Por lo tanto, lo único que podía hacer era dejar la caja como estaba hasta que Epimeteo entrara. —Pero —dijo Pandora—, cuando encuentre el nudo desatado, sabrá que lo he hecho yo. ¿Cómo le haré creer que no he mirado dentro de la caja?

Y entonces a su travieso corazoncito llegó la idea de que, ya que se sospecharía que había mirado en la caja, sería mejor que lo hiciera de inmediato. ¡Oh, Pandora, muy traviesa y muy tonta! Deberías haber pensado sólo en hacer lo que estaba bien, y en dejar de hacer lo que

estaba mal, y no en lo que tu compañero de juegos Epimeteo hubiera dicho o creído. Y tal vez lo hubiera hecho, si el rostro encantado de la tapa de la caja no la hubiera mirado de un modo tan encantador y persuasivo, y si no le hubiera parecido oír, con más claridad que antes, el murmullo de pequeñas voces en su interior. No podía decir si era fantasía o no; pero había un pequeño tumulto de susurros en su oído, o bien era su curiosidad la que susurraba:

—Déjanos salir, querida Pandora, ¡déjanos salir! ¡Seremos los mejores compañeros de juego para ti! ¡Sólo déjanos salir!

—¿Qué puede ser? —pensó Pandora—. ¿Hay algo vivo en la caja? Bueno, sí, estoy decidida a echar sólo un vistazo. Sólo una ojeada; ¡y entonces la tapa se cerrará con la misma seguridad de siempre! No puede haber ningún daño en sólo un pequeño vistazo.

Pero ahora es el momento de ver lo que Epimeteo estaba haciendo.

Era la primera vez, desde que su pequeña compañera de juegos había venido a vivir con él, que intentaba disfrutar de algún placer en el que ella no participara. Pero nada le salió bien, ni fue tan feliz como otros días. No podía encontrar una uva dulce ni un higo maduro (si Epimeteo tenía un defecto, era una afición excesiva por los higos); o, si estaban maduros, estaban demasiado maduros. No había alegría en su corazón, como la que solía hacer brotar su voz, por sí misma, e hinchar la algarabía de sus compañeros. En resumen, estaba tan inquieto y descontento que los otros niños no podían

imaginar qué le pasaba. Ni él mismo sabía mejor que ellos lo que lo aquejaba. Porque debes recordar que, en la época de la que estamos hablando, era la naturaleza de todo el mundo, y el hábito constante, ser feliz. El mundo aún no había aprendido a ser de otra manera. Desde que estos niños fueron enviados por primera vez a divertirse en la hermosa tierra, ni un alma ni un cuerpo había estado enfermo o desmejorado.

Al final, descubriendo que, de un modo u otro, había puesto fin a todo el juego, Epimeteo juzgó que lo mejor era volver a Pandora, que estaba de un humor más adecuado al suyo. Pero, con la esperanza de complacerla, recogió algunas flores y las convirtió en una corona que quería ponerle en la cabeza. Las flores eran muy hermosas: rosas, lirios, azahares y muchas más, que dejaban un rastro de fragancia a medida que Epimeteo las llevaba; y la corona estaba hecha con tanta destreza como era razonable esperar de un niño.

Siempre me ha parecido que los dedos de las niñas son los más aptos para entrelazar coronas de flores; pero los niños podían hacerlo, en aquellos tiempos, bastante mejor que ahora.

Y aquí debo mencionar que una gran nube negra se había estado acumulando en el cielo, desde hacía algún tiempo, aunque todavía no había cubierto el sol. Pero, justo cuando Epimeteo llegó a la puerta de la cabaña, esta nube comenzó a interceptar la luz del sol, y así a provocar una oscuridad repentina y triste.

Entró suavemente, pues quería, si era posible, escabullirse detrás de Pandora y arrojarle la corona de

flores sobre la cabeza, antes de que se diera cuenta de que se acercaba. Pero, como sucedió, no había necesidad de pisar tan suavemente. Podía haber pisado tan fuerte como hubiera querido, tan fuerte como un hombre adulto, tan fuerte, iba a decir, como un elefante, sin que Pandora hubiera oído sus pasos. Estaba demasiado concentrada en su propósito. En el momento en que él entraba en la cabaña, la traviesa niña había puesto la mano en la tapa y estaba a punto de abrir la misteriosa caja. Epimeteo la vio. Si hubiera gritado, Pandora probablemente habría retirado la mano, y el misterio fatal de la caja nunca se habría conocido.

Pero el propio Epimeteo, aunque hablaba muy poco de ello, tenía su parte de curiosidad por saber lo que había dentro. Percibiendo que Pandora estaba decidida a descubrir el secreto, decidió que su compañera de juegos no sería la única persona sabia en la cabaña. Y si había algo bonito o valioso en la caja, pensaba llevarse la mitad. Así, después de todos sus discursos a Pandora para que contuviera su curiosidad, Epimeteo resultó ser tan tonto y casi tan culpable como ella. Así pues, siempre que culpemos a Pandora de lo sucedido, no debemos olvidarnos de sacudir también la cabeza ante Epimeteo.

Cuando Pandora levantó la tapa, la cabaña se volvió muy oscura y lúgubre, pues la nube negra había barrido el sol y parecía haberlo sepultado vivo. Hacía un rato que se oían gruñidos y murmullos, que de pronto estallaron en un fuerte trueno. Pero Pandora, sin prestar atención a todo esto, colocó la tapa casi en posición vertical y

miró dentro. Parecía como si un súbito enjambre de criaturas aladas hubiera pasado rozándola, echando a volar fuera de la caja, mientras en el mismo instante oía la voz de Epimeteo, con un tono lamentable, como si estuviera sufriendo.

—¡Oh, me han picado! —gritó—. ¡Me han picado! ¡Pandora traviesa! ¿Por qué has abierto esta malvada caja?

Pandora dejó caer la tapa y, poniéndose en pie, miró a su alrededor para ver qué le había ocurrido a Epimeteo. El nubarrón había oscurecido tanto la habitación que no podía distinguir con claridad lo que había en ella. Sin embargo, oyó un zumbido desagradable, como si un gran número de moscas enormes, o mosquitos gigantes, o esos insectos que llamamos bichos y alimañas estuvieran correteando. Y, a medida que sus ojos se acostumbraban a la luz imperfecta, vio una multitud de pequeñas y feas formas, con alas de murciélago, de aspecto abominablemente maligno y armadas con agujones terriblemente largos en la cola. Era uno de ellos el que había picado a Epimeteo. No pasó mucho tiempo antes de que la propia Pandora se pusiera a gritar, no menos dolorida y asustada que su compañero de juegos, y armando mucho más alboroto al respecto. Un odioso monstruito se le había posado en la frente y la habría



picado no sé hasta qué punto, si Epimeteo no hubiera corrido a apartarlo.

Ahora bien, si quieren saber qué eran estas cosas feas que se habían escapado de la caja, debo decirles que eran toda la familia de los problemas terrenales. Había malas pasiones; había muchas especies de preocupaciones; había más de ciento cincuenta penas; había enfermedades, en un gran número de formas miserables y dolorosas; había más clases de maldades de las que sería inútil hablar. En resumen, todo lo que desde entonces ha afligido a las almas y los cuerpos de la humanidad había sido encerrado en la misteriosa caja, y entregado a Epimeteo y Pandora para que lo guardasen a buen recaudo, a fin de que los felices hijos del mundo nunca fuesen molestados por ellos. Si hubieran sido fieles a su confianza, todo habría ido bien. Ninguna persona adulta habría estado triste, ni ningún niño habría tenido motivo para derramar una sola lágrima, desde aquella hora hasta este momento. Pero (y ya ven cómo una mala acción de cualquier mortal es una calamidad para el mundo entero), al levantar Pandora la tapa de esa miserable caja, y por culpa también de Epimeteo, que no se lo impidió, estos Problemas se han establecido entre nosotros, y no parece muy probable que vayan a ser expulsados a toda prisa. Pues era imposible, como fácilmente adivinarán, que los dos niños mantuvieran al feo enjambre en su propia casita. Al contrario, lo primero que hicieron fue abrir de par en par las puertas y ventanas, con la esperanza de librarse de ellos; y, efectivamente, las

aladas molestias volaron por todas partes, y molestaron y atormentaron de tal modo a la gente pequeña, que ninguno de ellos sonrió durante muchos días. Y, lo que era muy singular, todas las flores y los capullos de rocío de la tierra, ninguno de los cuales se había marchitado hasta entonces, comenzaron ahora a caer y a desprenderse de sus hojas, después de un día o dos. Los niños, además, que antes parecían inmortales en su infancia, ahora envejecían, día a día, y pronto se convirtieron en jóvenes y doncellas, y en hombres y mujeres, y en ancianos, antes de que soñaran con tal cosa.

Mientras tanto, la traviesa Pandora y el no menos travieso Epimeteo permanecieron en su cabaña. Ambos habían sido gravemente picados y sentían un gran dolor, que les parecía el más intolerable, porque era el primero que sentían desde que el mundo es mundo. Por supuesto, estaban totalmente desacostumbrados a él y no tenían ni idea de lo que significaba. Además, estaban de muy mal humor, tanto entre ellos como consigo mismos.

Epimeteo se sentó hoscamente en un rincón, de espaldas a Pandora, mientras ésta se arrojaba al suelo y apoyaba la cabeza en la fatal y abominable caja. Lloraba amargamente y sollozaba como si se le fuera a romper el corazón.

De repente se oyó un suave golpecito en el interior de la tapa.

—¿Qué puede ser? —gritó Pandora, levantando la cabeza.

Pero, o Epimeteo no había oído el golpecito, o estaba demasiado malhumorado para darse cuenta. En cualquier caso, no respondió.

—Eres muy cruel —dijo Pandora, sollozando de nuevo—, al no hablarme.

Otra vez el golpecito. Sonaban como los pequeños nudillos de la mano de un hada, golpeando ligera y juguetonamente el interior de la caja.

—¿Quién eres? —preguntó Pandora, con un poco de su antigua curiosidad—. ¿Quién eres tú, dentro de esa traviesa caja?

Una dulce vocecita habló desde el interior.

—Sólo levanten la tapa, y verán.

—No, no —respondió Pandora, comenzando de nuevo a sollozar—. ¡Ya he tenido bastante con levantar esa tapa! Estás dentro de la caja, traviesa criatura, ¡y ahí te quedarás! Ya hay muchos de tus feos hermanos y hermanas volando por el mundo. Nunca pienses que voy a ser tan tonta como para dejarte salir.

Miró a Epimeteo mientras hablaba, quizá esperando que la felicitara por su sabiduría. Pero el hosco niño sólo murmuró que ella era sabia un poco tarde.

—Ah —dijo de nuevo la dulce vocecita—, será mejor que me dejes salir. No soy como esas criaturas traviesas que tienen agujones en la cola. No son mis hermanos ni mis hermanas, como verías enseguida, si me echaras un vistazo. ¡Vamos, ven, mi bella Pandora! Estoy segura de que me dejarás salir

Y, en efecto, había una especie de alegre brujería en el tono, que hacía casi imposible negarse a nada de lo que

pedía aquella vocecita. El corazón de Pandora se había vuelto insensiblemente más ligero a cada palabra que salía del interior de la caja. También Epimeteo, aunque seguía en el rincón, se había dado media vuelta y parecía estar de mejor humor que antes.

—Mi querido Epimeteo —gritó Pandora—, ¿has oído esa vocecita?

—Si, seguro que sí —respondió, pero sin muy buen humor todavía—. ¿Y qué pasa con ella?

—¿Vuelvo a levantar la tapa? —preguntó Pandora.

—Como quieras —dijo Epimeteo—. Ya has hecho tanto daño que tal vez puedas hacer un poco más. Un Problema más, en un enjambre como el que has dejado a la deriva por el mundo, no puede suponer una gran diferencia.

—Podrías hablar un poco más amablemente —murmuró Pandora, secándose los ojos.

—¡Ah, niño travieso! —gritó la vocecita dentro de la caja, en tono risueño—. Sabe que está deseando verme. Ven, mi querida Pandora, levanta la tapa. Tengo mucha prisa por consolarte. Sólo déjame tomar un poco de aire fresco, y pronto verás que las cosas no son tan lúgubres como crees.

—Epimeteo —exclamó Pandora—, pase lo que pase, estoy decidida a abrir la caja.

—Y, como la tapa parece muy pesada —gritó Epimeteo corriendo por la habitación—, ¡yo te ayudaré!

Así que, de común acuerdo, los dos niños volvieron a levantar la tapa. Salió volando un soleado y sonriente personaje, y revoloteó por la habitación, arrojando luz

por donde pasaba. ¿Nunca han hecho bailar la luz del sol en rincones oscuros, reflejándola en un espejo? Pues bien, así se veía la alada alegría de esta extraña hada, en medio de la penumbra de la casita. Voló hacia Epimeteo y, con un leve roce de su dedo, puso la mano en el lugar inflamado donde le había agujoneado el Problema, y al instante desapareció la angustia. Luego besó a Pandora en la frente, y su herida también se curó.

Después de estos buenos oficios, la brillante desconocida revoloteó alegremente sobre las cabezas de los niños y los miró con tanta dulzura, que ambos empezaron a pensar que no había sido un gran error abrir la caja, ya que, de lo contrario, su alegre invitada habría sido mantenida prisionera entre esos traviesos duendes con agujones en la cola.

—¿Quién eres, hermosa criatura? —preguntó Pandora.

—¡Me llamaré Esperanza! —respondió la brillante figura—.

Y como soy un cuerpito tan alegre, me metieron en la caja, para enmendar a la raza humana por ese enjambre de Problemas feos, que estaba destinado a soltarse entre ellos. No teman, nos irá muy bien, a pesar de todos ellos.

—¡Tus alas tienen los colores del arcoíris! —exclamó Pandora—. ¡Qué hermosas!

—Si, son como el arcoíris —dijo Esperanza—, porque alegre como es mi naturaleza, estoy hecha en parte de lágrimas, así como de sonrisas.

—¿Y te quedarás con nosotros por los siglos de los siglos? —preguntó Epimeteo.

—Mientras me necesiten —dijo Esperanza con su agradable sonrisa—, y eso será mientras vivan en el mundo; prometo no abandonarlos nunca. Puede que de vez en cuando haya momentos en que crean que he desaparecido por completo. Pero otra vez, y otra vez, y otra vez, cuando tal vez menos lo sueñen, verán el brillo de mis alas en el techo de su cabaña. Sí, mis queridos hijos, y sé algo muy bueno y hermoso que se les dará en adelante.

—¡Oh, dínos! —exclamaron—, ¡dínos qué es!

—No me pregunten —respondió Esperanza poniéndose el dedo en su boca rosada—. Pero no desesperen, aunque nunca suceda mientras vivan en esta tierra. Confíen en mi promesa, porque es cierta.

—¡Confiamos en ti! —gritaron Epimeteo y Pandora, ambos en un suspiro.

Y así lo hicieron; y no sólo ellos, sino todos los que han confiado en Esperanza desde entonces. Y, a decir verdad, no puedo evitar alegrarme (aunque, sin duda, fue una travesura poco común de su parte), pero no puedo evitar alegrarme de que nuestra tonta Pandora espicara la caja. No hay duda, no hay duda de que los Problemas siguen volando por el mundo, y han aumentado en multitud, en lugar de disminuir, y son un conjunto muy feo de duendecitos, y llevan agujones muy venenosos en sus colas. Ya los he sentido y espero sentirlos más a medida que envejezca. Pero entonces, ¡esa encantadora y luminosa figura de la Esperanza! ¿Qué podríamos hacer sin ella? La Esperanza espiritualiza la tierra; la esperanza la hace siempre nueva; y aún en el mejor y

más brillante aspecto de la tierra, la esperanza muestra que es sólo la sombra de una dicha infinita en el más allá.